

SAN JUAN CRISOSTOMO

Doctor de la Iglesia

**CARTAS  
A SANTA OLIMPIADES**

Traducción, Prólogo y Notas por el  
P. BARTOLOME BEJERANO, S. I.

Serie  
Los Santos Padres  
N.º 20

APOSTOLADO MARIANO  
Recaredo, 44  
41003 - SEVILLA

Depósito Legal: SE-536-1990

I.S.B.N.: 84-7770-170-9

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Nave 7 y 9, 41007 Sevilla

## SAN JUAN CRISOSTOMO

Juan llamado desde el siglo V, por su elocuencia, *el Crisóstomo* (=boca de oro), nació en Antioquía por los años de 344<sup>1</sup>. Rodearon su cuna el brillo y la riqueza<sup>2</sup>; pero muy pronto la muerte arrebató a su padre, Segundo, militar de distinción en las guerras de Siria, y recayó todo el peso de su educación en su madre, Antusa, modelo de piedad y tan cabal señora, que, según dice su hijo<sup>3</sup>, hizo un día exclamar con asombro a los maestros: “¡Cielos! ¡Qué mujeres se crían entra los cristianos!” Procuróle por maestro de elocuencia al célebre Libanio, y de filosofía a Andragacio. En ambas facultades fueron maravillosos sus progresos. Del vigor de su raciocinio y del brío con que sabía esgrimir las armas de la dialéctica fueron testigos los herejes todos, y especialmente los Anomeos, sectarios de Eunomio, que sostenían que los bienaventurados en el cielo y los hombres en la tierra conocen a Dios tan perfectamente como se conoce El mismo. Los progresos de su elocuencia causaron asombro a su maestro, que preguntando, estando para morir, a quién dejaba por sucesor de su cátedra, respondió: “A nadie la dejaría sino a Juan a no habérnosle arrebatado los cristianos.”<sup>4</sup> A los veinte años, movido por su amigo Basilio, que fue luego obispo de Rafanea en Siria, renunció Juan a las esperanzas que podía ofrecerle la piedad y al estudio de la Sagrada Escritura con tal ahínco, que llegó a aprendérsela de memoria, aunque hay que notar que sus citas no siempre coinciden con nuestra Vulgata, pues él se valía de la Versión Alejandrina o de los Setenta Intérpretes, y a ella hay que recurrir muchas veces para encontrar las palabras que alega; verbigracia: en la carta tercera a Santa Olimpia, número 7, al fin,<sup>5</sup> cita el verso 23 del capítulo III de Job así:

*Mors viro requies*, que en vano se buscará a la Vulgata, pero está a la letra en la Alejandrina; y otras citas semejantes.

San Melecio, patriarca de Antioquía, haciéndose cargo de la buena índole de aquel joven y encantado de la hermosura de su corazón, dice Paladio <sup>6</sup> concedíale tratar con él asiduamente, previendo con profética mirada lo que de aquí había de salir... Instruyéndole por espacio de tres años en las verdades de nuestra santa religión, y al fin le administró el Santo Bautismo (ca. 390). Poco después le fue conferido el lectorado <sup>7</sup>.

Entre sus amigos y compañeros de estudios, el más íntimo fue Basilio <sup>8</sup>. Ambos trataron de retirarse a la soledad; pero a Juan se le opuso cuanto pudo su propia madre, diciéndole: “No me dejes viuda segunda vez”. <sup>9</sup>. Cedió a los ruegos maternos, pero vivió en su casa con el rigor de un solitario, continuando, no obstante, el trato con sus maestros, Diodoro y Carterio, y estrechando más y más los lazos de su amistad con Basilio.

Muerta su madre, retiróse en 374 <sup>10</sup> a las montañas vecinas a Antioquía, y pasó cuatro años con un anciano solitario, Sirio, de vida muy austera. Pero, no satisfecho aún su espíritu, penetró más adentro en aquellas montañas, haciendo por dos años vida tan penitente en una cueva desierta, que incurrió en una grave enfermedad, que le obligó a volverse a Antioquía <sup>11</sup>. En la soledad escribió los libros *Del Sacerdocio*, *Contra los impugnadores de la vida monástica* y *Comparación de un rey y un solitario*.

Al llegar a Antioquía le ordenó de diácono San Melecio en 381, y desde entonces no cesó de esparcir por todas partes, en elocuentes escritos, la semilla de la divina palabra, edificando no sólo a su Iglesia, sino a toda la cristiandad de Oriente con su encendido celo... Sus destierros nos los describirá el mismo santo en cartas a San Inocencio I y en otras que vamos a publicar en este tomo.

## TRABAJOS DEL DESTIERRO—SU MUERTE

(404-407)

Después de haberse entregado en manos de los emisarios imperiales, fue llevado a Bitinia y se detuvo en Nicea hasta el 3 de julio (404)<sup>12</sup>. De allí le hicieron pasar a Cesárea de Capadocia. “Estoy consumido y acabado, dice él mismo a su llegada<sup>13</sup>; he sufrido ya mil muertes, mejor te lo podrán contar los que te entreguen esta carta, y eso que han estado breves instantes conmigo, a los cuales no pude siquiera hablar un poco, abatido por mis continuas fiebres, a pesar de las cuales me veía precisado a caminar de noche y de día, asediado por el calor, gastado por las vigiliias, perdido por la falta absoluta de cosas necesarias y ausencia de quien tuviera cuidado de mi persona. He padecido y padezco trabajos más recios que los condenados a las minas y los encerrados en las cárceles. Por fin, y a duras penas, he llegado a Cesárea, como quien de la tempestad se llega a un tranquilo puerto.”

Poco le duró aquel refrigerio; muy bien recibido en Cesárea, cuando sólo había comenzado a convalecer, se vio obligado a salir, con gravísimo riesgo de la vida. Después de setenta días de violentas marchas, llegó a Cucuso de Armenia, lugar situado en el monte Tauró, “desierto sobre toda ponderación”<sup>14</sup> y “peligrosísimo por las incursiones de los Isauros”<sup>15</sup>. Aquí sufrió, por espacio de un año y algunos meses, continuos vómitos, dolores de cabeza, insomnios, peligros de muerte por la invasiones de los Isauros, e intensísimo frío en el invierno, que fue aquel año de los más rudos. Nada de esto quebrantaba su grande alma. Siempre repetía, como él mismo lo afirma, su jaculatoria favorita: “Gloria a Dios por todas las cosas”. “Al recordar cada día mis trabajos, escribe desde Cucuso, vuelo de alegría y salto de placer, como quien tiene depositado un gran tesoro; tal es mi disposición de ánimo.”<sup>16</sup>.

De Cucuso, después de mil penosísimos rodeos, de suerte que ya vivía en Cucuso, ya en Arabiso, ya en los bosques<sup>17</sup>, fue llevado definitivamente a Arabiso (406), distante unas veinte leguas, porque<sup>18</sup> el castillo de aquella población ofrecía mayor seguridad, “pues no vivimos en la ciudad, ya que ni aún esto es seguro, y la habitación que tenemos es peor que cualquier cárcel. Porque además de que cada día,

por decirlo así, está a las puertas de la muerte, por invadirlo todo los Isauros, que destruyen a hierro y fuego vidas y cosas, tenemos el hambre que nos amenaza por la escasez de víveres y la multitud de gente que aquí viene a refugiarse. Sufriendo, además, la larga enfermedad causada por el invierno y la continua fuga; si bien ahora he pasado lo más duro de ello; todavía conservo algunas reliquias”.

Quien atentamente considera tantas aflicciones y vida tan azarosa, no podrá menos de quedar lleno de asombro al ver el increíble número de cartas escritas en su destierro, en las cuales su caridad, olvidada de sus propios gravísimos trabajos, busca el consuelo de los ajenos y, sobre todo, la defensa de la Iglesia y la propagación de la fe. No contento con la solicitud de su Iglesia de Constantinopla, extiende su mirada de apóstol a la Iglesia de Fenicia<sup>19</sup> y Arabia, trabaja por exterminar la herejía de los Marcionistas en Salamina de Chipre<sup>20</sup>, cuida que se dé digno prelado a los Godos y se envíen operarios que dilaten la luz del Evangelio entre las nieblas de la idolatría<sup>21</sup>.

En Arabiso escribió los dos elocuentes libros titulados *Nadie puede recibir daño de sí mismo* y *A los escandalizados por las calamidades ocurridas...*, testigos ambos de su magnanimidad y de su inquebrantable tesón en el trabajo. Ya llevaba, como él mismo lo dice<sup>22</sup>, tres años en el desierto, en medio de los trabajos del hambre, peste, guerra, continuos asedios, soledad increíble, muerte cotidiana y las espadas isáuricas; y sus enemigos Severiano, Porfirio y otros obispos de Siria se carcomían de envidia por la gloria de Juan, que aún en aquellas soledades resplandecía con el fulgor de su ciencia y santidad, pesarosos de que la Iglesia antioquena se hubiese trasladado a la Armenia y en Antioquía se celebrase la dulcísima filosofía (=virtud) de Juan, y preferían la muerte a verse atormentados con semejantes narraciones. Tanto que los clérigos, sus fautores, al ver tal maravilla, exclamaban admirados: “Ved ahí a un muerto terrible, que causa miedo a los vivos y vencedores, lo mismo que las máscaras a los niños”. ¡Caso raro! Los que tienen el poder secular y las riquezas de la Iglesia, juntamente con la autoridad y el mando de todo, palidecen y titubean de miedo ante un sacerdote único, expulsado, débil en el cuerpo y desterrado<sup>23</sup>. “Por eso, no pudiendo, dice con frase gráfica Paladio, guarda la sierpe dentro de su caja por más tiempo, envían recado a la autoridad militar y obtienen un rescripto más duro, con multa encima: que dentro de breve plazo fuera Juan trasladado a Pi-

tionte, lugar completamente desierto de la región de los Tzanos en la playa del mar Póntico (hoy mar Negro) <sup>24</sup>.

Cumplióse el mandato con tanta prontitud y crueldad, que no se dio al santo tiempo para comunicar la noticia a sus amigos. “Los soldados que le conducían hasta tal punto le daban prisa por el camino, diciendo que así se lo tenían mandado, que no parecía sino que, si muriera en el camino, les habían de dar ascenso en los grados militares. Y si bien uno de ellos, cuidándose menos de la milicia temporal, le mostraba alguna benignidad furtivamente, el otro, a su vez, era tan cruel y difícil, que todas las muestras de reverencia que le daban los que salían al encuentro para que él, a su vez, guardara respeto al santo, las miraba como injurias, no teniendo más solicitud que Juan tuviera muerte acerba. Y aunque cayera una lluvia torrencial, salía sin cuidado, por más que le cayeran arroyos de agua por pecho y espalda. Y, al revés si tostaba el sol terriblemente, lo tenía por cosa deliciosa, por ver que con esto lo pasaba mal la cabeza elisaica del santo.” <sup>25</sup>.

Así, por espacio de tres meses fue haciendo aquel difícilísimo viaje, obligado a dar, según parece, muchos rodeos <sup>26</sup>, para que le fuese más penoso y perdiere cuanto antes la vida, haciendo jornadas cortas y a pie, lo cual para el santo, en aquel estado, era gravísimo, y para los soldados muy cómodo; de suerte que entre Arabiso y Comana bien pudieron emplearse más de dos meses, como afirma Paladio <sup>27</sup>. Y brillaba como una estrella, si bien su cuerpo, abrasado del sol, parecía un fruto tostado a sus rayos. Llegados a Comana, pasáronla de largo, cual si fuera un puente, y se detuvieron extramuros en un martirio (o iglesia dedicada a los mártires) a cinco o seis millas. La misma noche de su llegada apareciósele San Basilio, mártir de lugar, juntamente con San Luciano, presbítero antioqueno, diciéndole: “Animo, hermano Juan, que mañana estaremos juntos...” <sup>28</sup>.

Ateniéndose al oráculo, al siguiente día rogó a los soldados que permanecieran allí hasta la hora quinta. Ellos no hicieron caso, y salieron de allí; pero cuando hubieron avanzado como treinta estadios, volvieron otra vez al lugar del martirio, por sentirse él enfermo de gravedad. Llegado, requirió las vestiduras blancas, dignas de su vida, y vistióselas en ayunas, quitándose las otras y mudándose hasta el calzado, y aquéllas las repartió entre los presentes. Y, recibida la Santa Eucaristía, hizo su última oración ante los circunstantes, y diciendo su acostumbrada sentencia: “Gloria a Dios por todas las co-

sas”, y sellándola con el postrer amén, extendió aquellos pies que tan gloriosamente corrieron para la salvación de los que habían escogido la penitencia y para confusión de los que cultivaron abundante cosecha de culpas... Así fue agregado a sus padres, y limpio de todo polvo, pasó a Cristo, según está escrito: “Vendrás a tu sepulcro como trigo maduro que es segado a su tiempo; pero las almas de los impíos morirán sin llegar a sazón.”<sup>29</sup>. Y era tal la muchedumbre de las vírgenes, ascetas y otros que daban testimonio de la santidad de su vida, y asistían venidos de Siria, Cilicia, Ponto y Armenia, que la mayor parte juzgaba que habían acudido de común acuerdo (14 de septiembre de 407).

Y compuesto para la sepultura y celebrado con fiesta, como atleta vencedor, es colocado en el mismo martirio a una con San Basilio<sup>30</sup>.

Después de la muerte del santo Doctor los Juanistas se resistían a reconocer a sus sucesores, y el mismo Papa San Inocencio I, para protestar de tantos atropellos, se negó a reconciliarse con los obispos orientales si éstos primero no honraban al santo insertando su nombre en los dípticos de sus iglesias. Lo mismo exigieron, por su parte, otros obispos del Occidente<sup>31</sup>. Hízolo así Atico en 412, así que murió Teófilo. En Alejandría rehabilitó la memoria del “gran maestro de toda la tierra” San Cirilo el año 417, *aunque per totam fere vitam Cyrillus animo erat aliene a Ioanne Antiocheno*<sup>32</sup>. Pero no se aquietaron los ánimos de los Juanistas hasta la solemne traslación de las reliquias del santo Doctor el año 438, debida al ardiente celo de San Proclo, digno sucesor del Crisóstomo en la silla de Constantinopla. La traslación de las reliquias se comenzó el año 437, y llegaron a Constantinopla el 27 de enero del año 438. Recibidas con gran regocijo, fueron llevadas al siguiente día en procesión, acompañadas del Emperador y de su hermana Santa Pulqueria, y depositadas en la iglesia de los Santos Apóstoles<sup>33</sup>.

El pueblo fiel, dice describiendo la fiesta Teodoreto (1265-1269), entonces por segunda vez, como al volver el santo de su primer destierro, ocupó el mar con sus naves, cual si fuera continente, y cubrió la embocadura del Bósforo, hasta la Propóntide, de hachas encendidas. Este tesoro trajo a la ciudad el que rige el impero (Teodosio II), que heredó el nombre de su abuelo y conserva incorrupta la piedad. El cual, aplicando a la urna sus ojos y su frente, hizo una plegaria por

sus padres, suplicando el perdón de ellos, pues habían pecado por ignorancia.

San Proclo, a quien algunos cuentan entre los discípulos del santo Doctor y otros dicen que fue su secretario, y que sin duda le conoció en su juventud, pronunció un entusiasta panegírico, que aún se conserva, precioso ramillete de extraordinarios encomios y digna corona de tan festiva solemnidad: “¡Oh Juan!, son las últimas palabras de su panegírico; tu vida, a la verdad, fue angustiosa, pero gloriosa tu muerte, feliz tu sepulcro, copioso tu galardón, por la gracia y misericordia de Nuestro Señor Jesucristo, a quien juntamente con Dios Padre y Espíritu Santo sea la gloria, el poder y la magnificencia por los siglos de los siglos. Amén.”

Más tarde, en el siglo XIII, después de la toma de Constantinopla por los Latinos, fue trasladado sigilosamente el sagrado cuerpo a Roma y colocado en la Basílica Vaticana. Algunas reliquias, sin embargo, reposan en otras iglesias.

\* \* \*

Bueno será apuntar aquí, como digno remate de la vida del santo Doctor, el concepto que su heroica virtud mereció al diligente y sabio Bolandista Juan Stilling, que es quien hasta ahora ha estudiado con más diligencia y expuesto con mayor amplitud y crítica la parte biográfica del santo. Después de discutir una visión <sup>35</sup>, en la que el santo Doctor aparece superior a otros, y hacer constar que de la visión no se deduce tal superioridad, y que, a su modo de ver, la visión no es improbable, por más que tampoco se puede llamar completamente cierta y exenta de toda duda (1474-1475), añade estas notables palabras: No quiero, sin embargo, que el diligente lector sospeche, por esta salvedad, que yo desconfío en los más mínimo de los méritos de Crisóstomo, o que me parezcan mayores los de otros cuyos nombres se alegan. (Refiérese a los santos mártires Hipólito y Metodio y a los celebrados doctores los santos Basilio, ambos Gregorios, el taumaturgo y el teólogo, y el grande Atanasio) <sup>36</sup>. Tan lejos estoy de semejante opinión, que no dudo en afirmar ingenuamente que no hay santo Doctor alguno cuya vida haya arrebatado tanto en pos de sí mi admiración y mi afecto como la han robado la vida entera las costumbres y los escritos del Crisóstomo. Aunque sólo echemos una ligera ojeada

al curso de su vida, le hallaremos tal en toda edad, en todo estado, en todo oficio, en todo trabajo, en los sucesos prósperos y los adversos, que aparecerá haber servido a Dios siempre perfectísimamente, y, con admirable desprecio de las cosas mundanas, amando únicamente a su Criador con ardentísima caridad. Tal fue en su juventud, ejerciendo la vida solitaria en la casa materna; tal en la soledad, castigando su cuerpo con austerísima norma de vida; tal en el diaconado, consagrándose por entero a útiles escritos y obras de piedad; tal en el presbiterado, tal en el episcopado, tal en el destierro. En todas estas circunstancias se mostró egregio imitador de San Pablo, de suerte que pudo, quizá, decir con él: *He trabajado más que todos*. Ciertamente, ningún padre editó en tan pocos años tan numerosos escritos como los que dio a luz el Crisóstomo, y antes predicó al pueblo, en el espacio de dieciocho o casi diecinueve años de presbiterado y episcopado. Y, lo que vale más, entre todos sus escritos no se hallará una sola obra que no vaya directamente encaminada a la gloria de Dios a la salvación de las almas. Mucho me engaño si no es verdad que cualquiera, si se toma la tarea de leer atentamente las homilías de este divino varón, hallará en ellas tanta fragancia de santidad como abundancia de elocuencia.

Y si del martirio se trata, veremos que ni esta palma le faltó al Crisóstomo. Porque, habiendo incurrido en el odio de los malvados por el continuo ejercicio de las virtudes cristianas, y por la misma causa sido acusado injustamente, condenado y expulsado al destierro, fácilmente nos persuadiremos que es y puede llamarse mártir, aunque no padeciera muerte por la fe y de parte de un príncipe infiel. Por eso, a mi juicio, dijo con razón Casiano<sup>37</sup>: *Su santidad, sin el torbellino de una persecución de gentiles, llegó a los méritos del martirio*. Y, a la verdad, no son pocos en la Iglesia los celebrados por mártires, con ser su martirio o menos claro, o, ciertamente, no más que el del Crisóstomo. San Canuto, rey de los Daneses, es celebrado como mártir porque fue muerto por sus súbditos, cuyos odios se había atraído sobre sí por gobernar piadosamente su reino. Tal odio de los malvados suscitó contra sí también el Crisóstomo por sus piadosas y santas obras y por la recta instrucción y corrección de su rebaño. San Martín I, Papa, es honrado como mártir porque murió en el destierro, consumido de trabajos. Así murió también el Crisóstomo en el destierro, y lo que es más, con muerte acelerada por los excesivos trabajos del camino.

Tuvo, pues, nuestro santo la causa del martirio semejante a la de San Canuto y otros muchos, el ejercicio de las virtudes relacionado con la causa de la fe, y una muerte semejante a la de San Martín, Papa y mártir, y otros no pocos en números. Por eso, tal es mi opinión, no dudará del martirio del Crisóstomo quien quisiere leer atentamente y confrontar con las Actas de su vida lo que extensa y eruditamente diserta acerca del martirio y su causa nuestro santísimo padre Benedicto XIV en su obra de la canonización de los siervos de Dios, libro III, capítulo XI y siguientes. Prudentemente se omitió, sin embargo, el título de mártir, tratándose del Crisóstomo, por no podersele atribuir sin infamia de muchos y grandes varones, y porque, en realidad poco o nada pudiera aumentar la gloria del santo <sup>38</sup>.

## ELOCUENCIA DE SAN JUAN CRISOSTOMO

Sobre la elocuencia de San Juan Crisóstomo nos contentaremos con aducir aquí el elogio del celebrado crítico Bernardo de Montfaucon, benedictino, en el prólogo a las obras del santo <sup>39</sup>. Hablando de la dificultad de reunir las obras del santo, “son, dice, una biblioteca, no un libro, los opúsculos, comentarios y cartas de tan insigne Doctor...” Sin embargo, añade poco después, por grande que sea el trabajo, se emprende con gusto tratándose de San Juan Crisóstomo. Doctor tan ilustre, orador consumado que *hermoseó la doctrina del Cristianismo con los atavíos de la elocuencia más que ningún otro*, ya de los que le precedieron, ya de cuantos florecieron después de él... Presbítero en Antioquía por doce años, obispo en Constantinopla por cinco o seis, nunca cesó de predicar y arrebató en pos de sí la admiración de todo el Oriente. Bien se presentara con preparación, bien sin ella, todo lo hallaba hecho, usando siempre de aquella manera de hablar que había de ser más a propósito para persuadir. Su método más tiene de elegancia natural que de artificiosa diligencia; cuando se vale del arte, de tal modo lo atempera, que siempre queda oculto el artificio y la traza que se da para redondear el discurso. Le fluye expedita y abundante la palabra, llena de hermosura y de encanto; de modo que le cae admirablemente el verso de Homero:

*Más dulce que la miel su voz fluía.*

“En claridad a nadie cede, si no es que los supera a todos. *En la invención*, que nace de la felicidad del ingenio, *deja atrás, con mucho, a todos cuantos oradores han existido hasta ahora*. Da vueltas al asunto de mil maneras inesperadas, y se encamina a su fin por donde nadie lo hubiera adivinado; y esto, con tanta libertad y soltura, que, bien mirada la cosa, se creará que no pudo dirigirse al término propuesto por ningún otro camino, ni con rumbo más feliz. Pero como nada engendra la Naturaleza absolutamente perfecto y el arte nada produce acabado en todos sus perfiles, una cosa hallamos, acaso, digna de represión en nuestro orador, y es la abundancia de tropos y semejanzas, que redundan, a veces, hasta el hastío. Pero de esto más se debe culpar al siglo en que vivió que al mismo Crisóstomo... Excitó las lágrimas como quiso, enmendó los vicios, aumentó la fe cristiana y derrotó a judíos y herejes. Ni fue menor su mérito en la dialéctica que en la oratoria; y esto no podrá menos de confesarlo quien quiera que diligentemente hubiere leído sus discursos contra los Anomeos y contra los judíos, en los cuales disputa agudísimamente y de tal manera urge a sus adversarios con la fuerza de su raciocinio, que no les queda camino por donde escapar...”

Palabras de tanto encomio prueban cuán excelentemente obtuvo el Crisóstomo en sus homilías el triple fin que debe pretender la elocuencia: que la verdad se patentice, agrade y mueva el corazón.

Como homileta, dice Altaner <sup>40</sup>, el Crisóstomo se esfuerza en explicar el sentido histórico de los textos bíblicos según los principios de la Escuela de Antioquía. Ningún otro Padre de la Iglesia ha desentrañado el texto sagrado de una manera tan profunda y práctica a la vez. Hoy mismo se leen sus homilías no sólo con gusto y con provecho, sino aun con pleno asentimiento a su contenido exegético, lo cual no siempre ocurre con los sermones de los Padres, incluso el mismo San Agustín.

Entre las exposiciones del Antiguo Testamento se han tenido siempre en singular estima las homilías sobre los salmos; y entre las del Nuevo se da palma, de común acuerdo, a las homilías de la Epístola a los Romanos. La más excelente de sus obras, dice Cornely I (237) son las homilías sobre las epístolas Paulinas, y no sin razón enseñan muchos que ni entre los Padres ni entre los teólogos modernos hay ninguno que haya alcanzado, y mucho menos superado, al Crisóstomo en explicar la profundidad Paulina.

Ya su discípulo San Isidoro Pelusiota<sup>41</sup> era de sentir que, sobre todo en la exposición de la Epístola a los Romanos, acumuló mil tesoros la sabiduría del Crisóstomo. “Yo tengo para mí ( nadie crea que lo digo por lisonja) que si el divino Pablo hubiese tenido que expresarse en lengua ática, no lo hubiera hecho de otro modo que este célebre maestro. ¡Tanto campea su interpretación, ya por el fondo, ya por la hermosura de la forma y la propiedad de la decisión!”. Este juicio ha sido repetido con frecuencia. Hasta en nuestros días. Ha dicho un juez tan autorizado como Willamowitz en Hinneberg hablando de su estilo<sup>42</sup>: “Todos los Helenos de su siglo no son otra cosa que bárbaros comparados con este cristiano de Siria, cuyo estilo merece compararse con el de Demóstenes.”

Ya a mediados del siglo X escribía Suidas en su *Léxikon* acerca de Juan de Antioquía, por sobrenombre *el Crisóstomo*: “Su palabra se despeñaba más sonora que las cataratas del Nilo. Nadie, desde que el mundo es mundo, ha tenido una facundia semejante, en la que era tan rico que sólo él, con harta razón, mereció un áureo y divino nombre, el sobrenombre de *Boca de Oro y Predicador Divino*.”

En la literatura posterior, dice Bardenhewer, cada vez fue más raro el nombre de Juan, quedándole, acaso desde el siglo V, el de Crisóstomo. Aun hoy se estima el Crisóstomo como príncipe de los oradores de la iglesia oriental y en Occidente sólo Agustino puede, como homileta, comparársele. Mucho más que Agustino desplegó el Crisóstomo en el púlpito su principal actividad, pero es un tipo esencialmente diverso. Le embelesa y arrastra no la teoría, sino la práctica; no la ciencia, sino la vida. Sólo movido por circunstancias de fuera debate cuestiones dialécticas o especulativas, pues le absorbe toda la solicitud pastoral y la salvación de las almas. Agustino, empero, señalase también como teórico en este campo de la elocuencia eclesiástica. El Crisóstomo, fuera de ligeras observaciones, sólo en algunos párrafos de su obra *De Sacerdotio* (en especial libros IV y V) expresó sus principios homiléticos al hablar de la alteza y dificultad de la predicación. Es verdad que en punto a doctrina jamás se contradijeron ni opusieron orientales y occidentales; pero en la práctica, ¡qué diversidad tan grande! Aun mirada sólo la extensión, ¿qué tiene que ver la brevedad de San Agustín con la longitud del Crisóstomo? ¡Este que ha menester dos horas, y aquél que en un cuarto de hora despachaba! El predicador de Agustino demandaba del orador y de

los oyentes disposiciones muy diversas del predicar del Crisóstomo. Aquél suele exponer un tema concreto con rigurosa lógica, y sin perderle nunca de vista, va siempre adelante, y a veces de una manera tan abstracta, que los oyentes no pueden seguirle sin fatiga. El Crisóstomo, por el contrario, arrastrado por la impresión del momento, se desvía gustoso de su fin para coger las flores que se ofrecen al paso; cansa menos porque recrea más. Muchos de sus sermones se componen de trozos del todo independientes. En la misma demostración de la verdad el método del Crisóstomo es mucho menos pesado. Agustino apenas si se atreve a pararse en ejemplos y comparaciones. El Crisóstomo está persuadido que alcanzará más con semejanzas que con disquisiciones teóricas, y en realidad, tiene una destreza incomparable, en sentir de todos, para declarar, por vía de imágenes, los conceptos más profundos y para sacar imágenes de todo lo que le rodea. Cierto que Agustino agrada más a los inteligentes con la brillantez de sus antítesis, la agudeza de los conceptos, los juegos de vocablos; figuras y atavíos retóricos que en el Crisóstomo hacen un papel muy secundario. Es éste, en conclusión, un orador mucho más de circunstancias (en el buen sentido de la palabra) que Agustino; mayormente en el exordio y la peroración saber sacar partido facilísimo del momento, lograr la ocasión y servirse de las coyunturas favorables. Lo que sube de punto al Crisóstomo es la consonancia y equilibrio entre la ciencia y la vida, entre la cabeza y el corazón. *Jamás ha habido, por ventura, quien haya interpretado el sagrado texto con tanta solidez y discreción, con tal solicitud, y por decirlo así, tan secamente y al propio tiempo con tanta profundidad y con aquella gracia y delicadeza necesarias para que la palabra de Dios fructificase en todos los actos de la vida cristiana.* En la historia del dogma de la Sagrada Eucaristía tiene el Crisóstomo renombre especial, y solemnemente se le ha llamado *Doctor Euchristiae*. Los testimonios fehacientes son sin cuento, y muy fijos y determinados. Señalando el altar, exclama: “Cristo está ahí muerto”<sup>43</sup>. “Su cuerpo está ahí delante de nosotros”. (58,567). “Lo que está ahí en el cáliz es lo mismo que salió del costado de Cristo.” (61,200) “Piensa, hombre la víctima que tomas en las manos (tomábase entonces la comunión con la mano derecha) y a qué mesa te acercas. Pondera que tú, polvo y ceniza, recibes la sangre y el cuerpo de Cristo.”<sup>44</sup>.

Finalmente, la Santa Sede ha preconizado a San Juan Crisóstomo como Patrono y modelo de los predicadores católicos. Así lo declaró la Santidad de León XIII el 4 de julio de 1880 a petición de Monseñor Degiovanni y Monseñor Tripepi, diciendo: “Para responder a vuestros deseos, ponemos a los oradores sagrados bajo la tutela y patrocinio de San Juan Crisóstomo, Doctor de la Iglesia, a quien proponemos como ejemplar que todos imiten. El es, como a todos es manifiesto, el primero de los oradores cristianos. El áureo río de su elocuencia, su invencible fuerza, la santidad de su vida, la celebran con sumas alabanzas todas las naciones”. El 22 de julio de 1907 Su Santidad Pío X exhortó a celebrar el 15.º centenario de la muerte del santo Doctor, y recordó sus admirables méritos <sup>45</sup>.

Por último, el 8 de julio de 1908 “con su autoridad apostólica lo declaró celestial Patrono de los oradores sagrados” <sup>46</sup>. Este ha de ser, pues, el modelo que debe seguirse en proponer la divina palabra.

1. Esta fecha parece la más probable por las razones que alega Juan Stilting, S.I., *Acta Sanctorum*, Sept., die 14, núms. 37-43.

2. Cf. *De sacerdotio*, II,8.

3. *Ad vidman inmioren*. M.G. 48, col. 601.

4. V. Stilting, n. 49.

5. M.G. 52, col. 579.

6. Stilting, n.º 56.

7. Ca. 371. Stilting, 56, 57.

8. Stilting, n. 119. Cf. 53 sqq.

9. *De Sacerdotio*, I, 1: cap. v.

10. Stilting, n. 100-102.

11. Stilting, n. 164.

12. Epist. 221.

13. Epist. 120 a Teodora.

14. Epist. 236.

15. Epist. 121.

16. Ep. 14, n.3.

17. Stilting, 1266.

18. Ep. 69.

19. Ep. 123, 126, 54, 51, 53, 21, 55, 28, 175.

20. Ep. 221.

21. Ep. 13, n. 5; Ep. 206, 207.

22. Ep. ad Innoc. M.P.G. LII. 536.

23. Paladio. M.P.G. 47, col. 38:

24. Cf. Stilting, 1.340.

25. Paladio, cap XI, col. 38.

26. Stilting, n. 1343.

27. Stilting, n. 1343.

28. Stilting, 1.344-1.352.

29. Job., 5, 26.

30. Paladio, cap. XI, col. 38-39.

31. Theodoret H.E.M.P.G., 82, 1.264-1.265.

32. Ita Steidle, O.S.B. *Patrologia*, § 35.

33. Stilting, n. 1466.

34. Stilting, 1.486-1.503.

35. N. 1.473.

36. Cf. n. 1.475.

37. *De Incarnatione*, c. XXX.

38. Stilting, 1. c., n. 1.476, 1.477, coll. cum. 1.473-1.475.

39. M.P.G., 47, VII.

40. § 69.

41. Epist. V, 32.

42. *Die Kultur der Gegenwart*, Berlín, 1905; pág. 212.

43. 449, 381 y 390.

44. 49, 361.

45. *Acta Sanctae Sedis*, T. XL, 453-455.

46. *Acta Sanctae Sedis*, T. XLL, págs. 594-595.

## **CARTAS DE SAN JUAN CRISOSTOMO Y ALGUNAS OTRAS RELATIVAS A SU DEPOSICION Y DESTIERRO**

### **ADVERTENCIA**

Con razón dice el padre Bernardo de Montfaucón (a) (1655-1741), de la Congregación Benedictina de San Mauro, editor de las obras de San Juan Crisóstomo, que la colección de cartas de este santo Doctor debe contarse entre los más insignes monumentos eclesiásticos. En ellas encontramos las más exactas y seguras noticias sobre el gran cisma de la Iglesia oriental acaecido en su tiempo y acerca de su doble destierro; en que tanto tuvo que sufrir, arrebatado de su Iglesia y arrastrado por un grupo de soldados a través de países bárbaros e inhospitalarios a una región glacial, cuyos fríos apenas podían tolerar los jóvenes robustos, cuanto menos un anciano de constitución débil y enfermo además. En ellas nos refiere las hambres, privaciones, incomodidades, fríos, abandonos, fiebres y molestias de todo género que tuvo que soportar y los miedos a las feroces invasiones de los bárbaros y forajidos Isauros, que eran una amenaza constante, porque ya muchas veces lo habían llevado todo a sangre y fuego. Y, no obstante tan triste y angustiosa situación la llevó con tanta valentía, que, lejos de acobardarse, le sobraron aún bríos para colmar de consuelo y esfuerzo con sus cartas a otros muchos perseguidos, despojados, encarcelados y expulsados por ser fieles a él y a la Iglesia de Dios, especialmente a su venerada Diaconisa Santa Olimpiada, a quien escribió las más largas y elocuentes.

Sobre el cisma tenemos muchas noticias, especialmente en las dos cartas que dirigió al Sumo Pontífice San Inocencio I, y a los obispos, presbíteros y diáconos encarcelados por permanecer fieles a su legítimo Pastor y rechazar a los intrusos, y en las dos cartas de San Inocencio al Crisóstomo y a su clero. Escribióla primera a San Inocencio poco después de la Pascua del año 404, antes de partir al segundo destierro, porque va narrando por orden cronológico todos los acontecimientos que sucedieron desde la llegada a Constantinopla de su mortal enemigo Teófilo, patriarca de Alejandría: el conciliábulo de la Encina, en que le depusieron Teófilo y sus adláteres; su primer destierro y su restitución; las nuevas persecuciones y acusaciones hasta conseguir desterrarlo otra vez; la violenta irrupción en la Iglesia y en el bautisterio; aquí pone fin sin añadir palabra de los gravísimos sucesos que a continuación sobrevinieron. Por eso con razón dijo el cardinal Baronio en las notas de sus *Anales*, al año 404: “Narrando como narra todas las cosas acaecidas y disponiéndolas por orden de tiempo y llegando en su relación a lo sucedido el gran Sábado, al no decir nada de los gravísimos sucesos que inmediatamente siguieron, claramente da a entender que escribió esta carta en el mismo tiempo en que sucedió lo que en ella narra.” Escribióla, pues, a continuación de la Pascua del año 404, pues en ella dice: *Cuando amaneció el día toda la ciudad emigró fuera de los muros a los bosques, celebrando allí el día de fiesta como ovejas dispersas.*

La segunda carta a San Inocencio se la envió en el tercer año de su segundo destierro, como él mismo lo dice al fin de ella. Fue arrojado a este destierro en junio del 404. Escribióla, pues, a fines del 406. En ella se dirige no sólo al Papa San Inocencio, sino también a varios obispos que le acompañaban o vivían cerca. Dales las gracias por su constante caridad para con él y por el gran empeño que ha puesto en apaciguar tan violenta tempestad.

La carta de San Inocencio a San Juan Crisóstomo, conservada por Sozómoeno, es toda consolatoria y está llena de obsequiosa caridad. Trata brevemente de la paciencia en las adversidades y de la corona que le está reservada.

La carta de San Inocencio al clero de Constantinopla es respuesta a otra del mismo clero y pueblo traída a Inocencio por el presbítero Germán y el diácono Casiano. En ella deplora Inocencio las calamidades de la Iglesia oriental, y dice que para remedio de estos males se

necesita celebrar un Concilio y muestra su ardiente deseo de que se reúna uno ecuménico.

A esta misma causa del Crisóstomo se refiere también la carta que el emperador de Occidente, Honorio, escribió a su hermano Arcadio, que reinaba en Oriente, sacada de un códice vaticano y publicada por el cardenal Baronio. Comienza Honorio hablando de la estatua de la emperatriz Eudoxia, que, a título de tributarle honores, iban conduciendo de provincia en provincia. Es el caso que habían erigido y colocado una estatua de plata sobre un pedestal y una columna en la plaza pública enfrente del templo de Santa Sofía, celebrando allí juegos y espectáculos públicos, los cuales, al paso que dejaban mucho que desear en moralidad, como en tales casos suele acaecer, apartaban a los fieles de las colectas o reuniones sacras y de otros ejercicios piadosos. No pudo sufrirlo el celoso Pastor, y como solía levantó su elocuyente voz contra tales abusos, después, no obstante, según asegura Teófanos, de haber avisado al prefecto de la ciudad de los inconvenientes que suelen traer esos espectáculos. Pero era este prefecto hereje Maniqueo, y en vez de suavizar asperezas con la emperatriz, la exasperó en extremo, diciéndole que Juan no podía tolerar que se rindiesen honores a su estatua, con lo cual se enfureció ella de tal suerte, que comenzó a maquinarse de nuevo la perdición de Juan, agenciando la reunión de un nuevo sínodo de obispos contra él. La carta es una invectiva de Honorio contra los enormes desmanes cometidos en Constantinopla cuando la inicua deposición de San Juan Crisóstomo. Quéjase en ella de que se hayan manchado con sangre humana los altares y el bautisterio, desterrado a los sacerdotes y arrojado de su Iglesia y de la ciudad de su mismo Prelado, y atribuye a castigo divino la irrupción y devastación del Ilírico por los hunnos ocurrida aquel mismo año. Las dos epístolas consolatorias escritas por San Juan Crisóstomo desde el destierro a los Obispos, Presbíteros y Diáconos encarcelados por su piedad, son dos piezas oratorias elocuentísimas.

## **A INOCENCIO, OBISPO DE ROMA A MI SEÑOR REVERENDÍSIMO Y PIADOSÍSIMO INOCENCIO, JUAN SALUD EN EL SEÑOR**

Aun antes de recibir mi carta creo que habría llegado a los oídos de vuestra piedad lo que aquí ha osado perpetrar la iniquidad. Porque, es tal la magnitud y gravedad de las cosas, que apenas habrá quedado región alguna del mundo adonde no haya llegado la noticia de la tragedia. La fama de los sucesos, extendida hasta los últimos confines de la tierra, ha levantado en todas partes lamentos y alaridos. Pero como no basta llorar, sino qué es preciso aplicar los remedios y ver la manera de apaciguar esta gravísima tempestad de la Iglesia, he creído necesario persuadir a mis venerables señores y piadosos Obispos Demetrio, Pansofio, Pappo y Eugenio que, dejando sus propias iglesias, se den a la más, y emprendiendo tan largo viaje, se dirijan presurosos a vuestra caridad para enterarle de todo, a fin de que venga el socorro lo más pronto posible. Hemos enviado en su compañía a nuestros venerables y amados Diáconos Pablo y Ciriaco, y también. Nos daremos cuenta a vuestra caridad de lo acaecido por medio de carta, porque aquel Teófilo que fue creado Obispo de la Iglesia de Alejandría, que habiéndole ordenado el piadosísimo emperador, que había recibido contra él algunas denuncias, que compareciese solo, se presentó aquí acompañado de una gran multitud de Obispos con cuyo alarde quería dar a entender que venía en son de guerra, y habiendo llegado a la grande y religiosa ciudad de Constantinopla, no entró en la iglesia, conforme al uso y costumbre antigua, ni se acercó a mí, ni quiso tomar parte en nuestra conversación, oraciones y comunión, sino que en cuanto desembarcó, pasando de largo por delante de los vestíbulos de las iglesias, se hospedó en un sitio de las afueras, a pesar de haberle yo suplicado muy encarecidamente que así él como todos los que le acompañaban viniesen a hospedarse en mi casa, pues había en ella preparadas habitaciones bastantes y todo lo demás que hacía al caso; pero ni ellos ni él hicieron caso alguno, demostración que nos causó grandísimo disgusto, y a pesar de que no se nos ocurría motivo alguno de semejante enemistad, lo obsequiamos como era razón, y le rogamos muchas veces que se dignase tratar y conversar con Nos y manifestarnos la causa por qué ya desde el principio desencadenaba tan grande tempestad e introducía la discordia en tan ilustre

ciudad. Mas como no quisiese decir la causa y me urgiesen a mí sus acusadores, llamóme el piadosísimo emperador y me ordenó presentarme ante él y oír los delitos que a él se le ofrecían. Porque me acumulaban invasiones, muertes y otros muchos crímenes. Pero Nos, teniendo en cuenta las leyes de nuestros padres y por deferencia a él mismo, pues conservaba cartas suyas en que decía que en cada provincia se debían ver las causas tocantes a ellas y nunca sacarlas fuera de sus propios límites, nos negamos resueltamente a tomar a nuestro cargo semejante causa. Más el, añadiendo el colmo a sus anteriores atrevimientos y haciendo gran alarde de una autoridad que no tenía, hizo llamar a mi arcediano, como si estuviese ya la Iglesia viuda y sin Pastor, y se ganó por su intermedio a todo el clero. Eran de ver las iglesias más desiertas cada día, como privadas de sus clérigos que se iban llevando para aleccionarlos contra Nos y que fueran ellos mismos los acusadores que presentasen contra Nos los libelos acusatorios. Dio luego otro paso más, llamándonos a su tribunal, cuando aún no se había él purgado de los muchos crímenes de que había sido acusado, lo cual era una infracción manifiesta de todos los cánones y leyes.

**2. Por qué el Crisóstomo no quiso comparecer ante Teófilo y sus partidarios.**—Más constándonos que íbamos no a un juez —que si tal fuera mil veces habríamos ido—, sino a un encarnizado enemigo, como se ve por lo que antes y después ha hecho, le enviamos una comisión formada por los Obispos Demetrio de Pesinunte, Eulisio de Apamea, Lupicino de Apiaria y a los presbíteros Germán y Severo, y le respondimos modestamente, según nuestra costumbre, que lo que Nos recusábamos no era el juicio, sino un enemigo público y manifiesto. Pues quien antes de recibir libelo alguno de acusación contra nosotros ya, por sí y ante sí, se apartó de las preces y comunión de la Iglesia, ¿cómo ha de ser juzgado apto para subir al trono de juez, que de ninguna manera le pertenece? Porque ¿qué ley es que los de Egipto juzguen a los de Tracia, y menos él, que está encausado, de modo que a un tiempo es enemigo, adversario y reo? Más él, sin respeto a ley alguna, anhelaba únicamente poner por obra lo que en su imaginación había trazado. Habiéndole, pues, representado que estábamos dispuestos a deshacer las acusaciones y demostrar delante de ciento y de mil Obispos que somos inocentes, como en realidad lo somos, no atendió

a razones, sino que, a pesar de hallarnos ausentes y de haber apelado a un sínodo y exigido un legítimo juicio, recusando no un tribunal, sino un declarado y manifiesto enemigo, él, no obstante, oyó a los acusadores, absolvió a los que yo había excomulgado y recibió libelos de gentes que no se habían purgado aún de sus crímenes y mandó levantar actas; cosas todas que iban abiertamente contra los cánones y las leyes. Pero ¿a qué amontonar más cargos? No cesó en sus maquinaciones y manejos hasta conseguir echarnos violentamente, y por cierto muy avanzada ya la noche, en medio de las cariñosas demostraciones y acompañamiento del pueblo. Sacado, pues, por el Pesquisidor, arrastrado por medio de la ciudad y arrojado en una embarcación, hube de navegar de noche por el atroz delito de haber apelado a un sínodo y a un juicio justo. ¿Quién puede oír sin lágrimas tales cosas, aunque tenga corazón de piedra?

**3. Comportamiento del Crisóstomo de vuelta de su primer destierro, y lo que tuvo que sufrir. Violenta irrupción en la Iglesia.**—Mas como los daños causados, según antes decía, no basta deplorarlos, sino que es preciso remediarlos, por eso suplico a vuestra caridad que se compadezca y haga cuanto pueda para atajar tamaños males. Pues sus autores, no contentos con las primeras fechorías, han añadido otras mayores, porque, luego que el piadosísimo emperador arrojó de la Iglesia a los que tan insolentemente la habían invadido, y muchos de los Obispos que presentes se hallaban, en vista de tan inicua invasión y asolador incendio que todo lo abrasaba, huyeron despavoridos a sus tierras, y Nos, a ruegos y persuasión de treinta Obispos y del Notario Imperial enviado *ad hoc*, fuimos de nuevo llamados a la ciudad e Iglesia, de donde tan injusta y violentamente nos arrojaron; él huyó repentinamente. ¿Y cuál fue la causa y el motivo? Porque yo apenas llegué rogué al religiosísimo emperador que reuniese un concilio en que todos estos desmanes recibieran el merecido correctivo. Remordiéndole a él la conciencia, y temeroso de la reprensión y castigo, viendo que las letras imperiales se enviaban a todas las poblaciones para que acudiesen a la asamblea de todas partes, puso tierra de por medio, y ocultamente, y a favor de la oscuridad de la media noche, subió a una nave y se escapó con todos los suyos.

**4.** Nos, en cambio, fiados en nuestra inocencia, no cejamos en nuestro empeño., sino que insistimos con el religiosísimo príncipe

para que reuniese el sínodo. El cual, según su gran piedad, envió mensajeros, llamándolos de Egipto a él y a todos los que se hallaban en su compañía, a fin de que dieran cuenta de lo hecho y no fueran a creer que lo que ellos, presente una sola de las partes, y en ausencia nuestra, tan injustamente habían atentado contra los cánones, bastaba para justificación suya. Pero él no sólo hizo caso ninguno del rescripto imperial, sino que permaneció en su domicilio so pretexto de una sedición popular, que no fue más que una asonada callejera e intempestiva de sus partidarios, mientras que también allí lo insultaba el pueblo todo con dicterios aun antes de recibirse el imperial rescripto. Pero no es nuestra intención referirlo todo por menudo, sino que sólo hemos traído esto para que se vean los criminales conatos en que ha incurrido.

No cejamos Nos, ni nos cansábamos, sino que procuramos con todo empeño, suplicándonoslo así al emperador, que se celebrase un juicio en que cada parte compareciese como acusadora y como rea. Que estábamos dispuestos a demostrar que no éramos reos de crimen alguno, y que ellos, en cambio, eran los más viles transgresores de las leyes. Y como habían permanecido aquí los sirios, que habían tomado parte en su conciliábulo y en todo lo en él ejecutado, fuimos a ellos, dispuestos a dar razón de nuestra conducta, y repetidas veces les hablamos, suplicándoles que se dignasen darnos copia de los puntos de acusación y de las actas levantadas, o indicarnos, al menos, qué crímenes nos imputaban y quiénes eran los acusadores; pero sin lograr otra cosa que ser de nuevo echados de nuestra Iglesia. ¿Cómo narrar lo que entonces sucedió y excede en horror a todas las tragedias? ¿Qué lengua podrá explicarlo, qué oídos oírlo sin horror? Porque prosiguiendo Nos en nuestro empeño, en el mismo gran Sábado un puñado de soldados, entrando osadamente al punto de anochecer en las iglesias, arrojó violentamente a todo el clero y cercó con gente armada el santuario. Las mujeres, que a la sazón se habían desnudado para el bautismo, huyen despavoridas ante semejante incursión, sin que se les diese tiempo para cubrirse honestamente, y con muchas heridas, además, varias de ellas, de manera que quedaron ensangrentadas las piscinas y las sacras fuentes enrojecidas con la humana sangre. Y no acabó aquí la tragedia. Pues hasta los sitios en que se guardaban escondidas las cosas santas penetraron los soldados, algunos de los cuales consta que no estaban iniciados a los misterios, y

estuvieron viendo todo lo que había dentro. Aún más, hasta en los vestidos de dichos soldados, llegó a derramarse la santísima sangre de Cristo, como suele suceder en semejantes tumultos; y todo sucedía como si estuviéramos cautivos en tierra de bárbaros, porque el público huía a la soledad, y más de cuarenta Obispos que habían seguido en comunión con nosotros eran expulsados, y a causa de tan horrosos crímenes en todas partes, por calles y plazas, en las casas y en los campos y en los distritos todos de la ciudad, todo eran llantos y gemidos, alaridos y lágrimas, hasta el extremo de que no sólo los damnificados, sino aun los que ningún desmán tenían que lamentar entre sí o en los suyos, hacían causa común con nosotros mostrándonos su sentimiento, y, como si a viva fuerza hubiera sido tomada la ciudad, todo era alboroto, pavor y llanto. Tanto osaron sin poder escudarse con fallo ni sentencia alguna del piísimo emperador, a media noche, a ciencia y paciencia de los Obispos, más aún, dispuesto y ordenado por ellos, que acaudillaban en muchos puntos las turbas, sin tener empacho alguno de abrir la marcha con alféreces en lugar de diáconos. Mas, así, que amaneció Dios, toda la ciudad se lanzó *extra-muros*, emigrando a los bosques para celebrar allí los sagrados misterios de la gran fiesta como ovejas dispersas y sin pastor.

5. De esto puede Su Santidad colegir lo demás, pues es imposible contar por menudo lo ocurrido. Pero lo peor es que no solamente no se le ve fin alguno a tanto mal, sino que ni asoma siquiera un rayo de esperanza de que acaben, antes van en aumento cada día, y nosotros estamos hechos la fábula y la irrisión de todo el mundo; mas no, que ninguno ríe por perverso que sea, sino que lloran todos, contemplando maldad tan inaudita y colmo de todos los males.

**5. Perturbación de las cosas eclesiásticas en Oriente.**—Mas ¿quién será capaz de contar las perturbaciones de las demás Iglesias? Porque no se limitó el mal a esta ciudad, sino que llegó hasta el extremo Oriente. Pues así como los malos humores que provienen de la cabeza inficionan todos los miembros, así también los tumultos iniciados en esta gran ciudad van insensiblemente fluyendo como de fuentes a todos los pueblos, y por doquier se levantan clérigos contra Obispos, y cunde de día en día la división y el cisma entre un pueblo y otro pueblo, y se está viendo venir en todas partes un diluvio de males y la ruina y destrucción del orbe entero.

Por tanto, muy venerados y piadosísimos señores míos, cuando estas cosas lleguen a vuestra noticia, poned todo el empeño y diligencia en reprimir esta iniquidad que ha caído sobre la Iglesia. Porque, de lo contrario, si esta costumbre llega a prevalecer y propagarse, de manera que cada cual pueda impunemente invadir la jurisdicción ajena, y esto aun a tan largas distancias, y arrojar a quien bien le parezca, y hacer por sí y ante sí cuanto quisiere, tener por cierto que pronto estará todo trastornado, y el orbe entero se verá envuelto en implacable guerra, echados todos y todos echando a los demás. Para que no cunda, pues, semejante confusión por todas las naciones que hay debajo del cielo, te suplico que deCRETES y escribas que todas estas cosas, tan inicuaamente ejecutadas por una sola parte, estando Nos ausentes y no recusando el juicio, no tienen fuerza ni valor alguno, como en hecho de verdad y por su misma naturaleza no lo tienen, y que aquellos que han sido cogidos en tan gran iniquidad sientan sobre sí todo el peso de las penas que las leyes eclesiásticas previenen; y a Nos, en cambio, que ni convictos hemos sido ni reprendidos, ni reos de crimen alguno, nos concedáis que sigamos gozando de vuestras cartas, de vuestra caridad y de la de todos los demás con quienes estábamos en comunión en tiempos anteriores. Pero si nuestros adversarios, que tan injustamente han obrado, persisten aún en inventar crímenes en virtud de los cuales injustamente nos arrojaron de nuestra sede, sin presentarnos ni actas, ni libelos, ni acusadores, con tal que se nombren jueces imparciales e incorruptos, nos presentaremos como actores y defenderemos gustosos nuestra causa, demostrando que no somos reos de los crímenes que nos imputan, sino completamente inocentes, y al mismo tiempo, que lo que ellos han hecho es contra todo orden, contra todas las leyes y todos los cánones eclesiásticos. Pero ¿qué digo cánones eclesiásticos? Ni en los juicios gentiles, ni en los tribunales de los bárbaros se han cometido jamás semejantes atentados; más aún, ni los Escitas ni los Sármatas han juzgado nunca que tiene potestad para fallar y sentenciar una de las partes litigantes, ausente la otra que es acusada, y trata de no impedir el juicio, sino de recusar a un enemigo manifiesto, que está invocando muchos millares de jueces y protestando delante del orbe entero; que probará que no es rea; que refutará todas las acusaciones y demostrará punto por punto su inocencia. Luego que entendiéreis de labios de mis señores y piadosísimos hermanos los Obispos que todo es, en verdad, como acabo

de exponéroslo, os suplico que hagáis en favor nuestro lo que os pidieren. Con lo cual haréis una cosa gratísima no sólo a mí, sino a toda la universal Iglesia y recibiréis el premio de Dios, que se digna hacer todo lo posible para la paz de las Iglesias. Ten siempre salud y haga por mí, reverendísimo y santísimo señor.

## **A INOCENCIO, OBISPO DE ROMA, JUAN SALUD EN EL SEÑOR**

Verdad es que nuestro cuerpo está en un solo sitio; pero las alas de la caridad vuelan por todo el mundo. Así es que, aunque estamos separados por tan largas distancias, pero no estamos ausentes, sino muy presentes cada día a vuestra piedad, porque con los ojos de la caridad estamos viendo vuestra fortaleza y el sincero afecto e inmutable constancia con que nos procuráis tan grande, perpetuo y duradero consuelo. Porque cuanto más se encrespan las olas, abundan más los escollos y las borrascas son más horrorosas; tanto sube de punto vuestro cuidado y vigilancia, sin que os hayan cansado ni la prolijidad de los viajes, ni tantos meses y años, ni la magnitud de las dificultades que lleva consigo este asunto, sino que imitáis la constancia de los buenos y expertos pilotos, que redoblan su vigilancia cuando el mar se embravece, se encrespan las olas, estalla la tormenta y en medio del día se ven envueltos en las espesas tinieblas de negra noche. Por lo cual os damos las más rendidas gracias, y nuestro deseo sería escribiros con gran frecuencia, lo cual nos serviría de grande consuelo y alivio. Pero no es posible, porque no lo permite la soledad del lugar y es muy difícil el acceso a Nos no sólo de los que de ahí vienen, sino aun de los que viven cerca, ya por la lejanía del lugar, pues estamos confinados en las extremidades de la tierra, ya también por la inseguridad de los caminos infestados por doquier de salteadores y forajidos, pues prueba evidente de que nuestro silencio no nace de incuria, es que, habiéndonos ofrecido ocasión de enviaros a nuestro carísimo Juan, Presbítero, y a Pablo, Diácono, nos hemos apresurado a escribiros, sumamente agradecidos de la benevolencia más que paternal que nos habéis mostrado. Pues en cuanto de vuestra piedad depende ya estaría todo apaciguado y remediado; quitados todos los escándalos, gozarían las Iglesias de tranquila y sincera paz, y vindicadas las leyes

y costumbres de nuestros mayores, estaría todo en la prosperidad más envidiable. Más como no ha sido así, sino que los mismos que cometieron aquellos desmanes intentan añadir otros mayores —y no es mi ánimo referir ahora por menor todo lo que entre tanto ha sucedido, porque esto excedería la medida no ya de una carta, sino de una historia entera—, suplico a vuestra vigilancia que, puesto que os habéis comprometido a curar su enfermedad (aunque ellos lo han llenado todo de tumultos y desórdenes, y padecen enfermedades incurables, y son incapaces de arrepentimiento), no cejéis ni os desaniméis en vista de tamaña empresa. Porque la lucha redunda en bien y provecho del mundo entero, de las Iglesias deshechas y postradas, de los pueblos dispersos, del clero vejado, de los Obispos desterrados y de las constituciones de nuestros padres violadas. Por tanto, una y otra vez requerimos vuestra vigilancia y que, cuanto mayor es la tempestad, mayor sea también vuestro cuidado y empeño. confiemos en Dios que se arreglarán algo las cosas, pero, si así no fuere, vosotros nada perderéis de la corona que Dios, en su misericordia, os tiene preparada, y los que se encuentran injuriados y oprimidos recibirán no poca consolación de vuestra fervorosa caridad. Porque también Nos, que llevamos ya tres años de destierro, entre hambres, peste, guerras, fiebres, continuos sitios, soledad increíble, muerte cotidiana, y espadas Isáuricas, hemos recibido gran consuelo de tan perseverante afecto y esfuerzo vuestro, y hemos sido maravillosamente recreados de vuestra benéfica y sincera caridad. Este es nuestro muro protector, este es nuestro seguro, este el venturoso puerto que nos pone a cubierto de las furiosas olas, este nuestro tesoro de innumerables bienes, y éste, en fin, el motivo de nuestra maravillosa alegría y placer inenarrable. Y aunque nos arrojaran a un sitio más desamparado aún que el actual, allá iremos también acompañados siempre de vuestra inagotable caridad.

## **A NUESTRO AMADO HERMANO JUAN, INOCENCIO**

Aunque de Dios es de quien el inocente ha de esperar todos los bienes, y a su misericordia dirigir sus plegarias, todavía hemos querido escribiros exhortándoos a la paciencia, para que no sea más parte la afrenta para desalentaros que la buena conciencia para daros ánimos. Y, la verdad, que no había necesidad ninguna de enseñarte a ti,

Doctor y Pastor de tantos pueblos, que los más virtuosos y santos son siempre sometidos a asiduas pruebas, para ver si son constantes en sufrir con valentía sin dejarse vencer de las molestias y trabajos, ya que la buena conciencia es un muro fortísimo, contra las injusticias que nos hacen, a las cuales, si nuestra paciencia no sabe imponerse, da de sí malas sospechas, porque el que tiene puesta su confianza primero en Dios y luego en su propia conciencia, de buen grado debe tolerarlo todo, pues al hombre bueno podrán probarle y ejercitarle mucho la paciencia; pero vencerlo, nunca, porque tiene por escudo las sagradas páginas de las Santas Escrituras, que continuamente enseñamos al pueblo cristiano, las cuales abundan en ejemplos que sin cesar nos atestiguan que todos los varones santos fueron a menudo tentados de mil modos y probados como el oro en el crisol, y de este modo alcanzaron la corona de la paciencia. Sea, pues, hermano carísimo, el consuelo de tu caridad tu misma conciencia, que suele ser en las calamidades eficaz lenitivo del hombre virtuoso.

### **INOCENCIO OBISPO, SALUDA A LOS HERMANOS CARISIMOS, PRESBITEROS Y DIACONOS, Y A TODO EL CLERO Y PUEBLO DE LA IGLESIA DE CONSTANTINOPLA, QUE OBEDECEN AL OBISPO JUAN**

Por la carta de vuestra caridad que, por conducto del Presbítero Germán y del Diácono Casiano, nos enviasteis, hemos visto con dolor el diluvio de males que en ella nos ponéis ante los ojos, y, repitiendo muchas veces la lectura, nos hemos dado cuenta de la difícil y angustiosa situación por que atraviesa la fe en esas partes, para la cual el único remedio posible es el consuelo que proporciona la paciencia, porque no tardará nuestro Señor en poner fin a tantos trabajos, y entonces nos alegraremos de haberlos pasado. Por cierto que al ver ya en el principio mismo de vuestra carta expuesto este mismo único motivo de consuelo, hemos reconocido y alabado, gustosos, vuestro propósito profundo en multitud de testimonios que recomiendan la paciencia, en tal manera, que la consolación que por nuestras letras debíamos daros ya vosotros os habéis anticipado a consignarlas en las vuestras. Porque suele Nuestro Señor conceder a los afligidos esta paciencia, a fin de que los siervos de Cristo se consuelen a sí mismos

con el pensamiento de que por ahí pasaron otros santos varones que tuvieron que soportar esas mismas pesadumbres e infortunios. Es más, nosotros mismos podemos consolarnos con vuestra carta, porque no somos ajenos a vuestro dolor, sino copartícipes de vuestra cruz. Porque ¿quién podrá tolerar los desmanes de aquellos que más obligados están a procurar la paz, tranquilidad y concordia? Ahora con perversísimo proceder se arroja de sus sedes a sacerdotes inocentes, tratamiento injustísimo de que ha sido la primera víctima nuestro obispo Juan, hermano y compañero nuestro en el ministerio pastoral, condenándole sin oírle; ni presentan contra él crimen alguno, ni tal cosa se oyó jamás de él. ¿Qué va pretendiendo con tan pernicioso proceder, que, haya o no ocasión de juicio, sustituyen a otros en lugar de los sacerdotes vivientes aún? ¿Crean, acaso, que habrá nunca quien juzgue que han obrado bien y justamente los que han dado comienzo por un crimen tan atroz?

Jamás hicieron tal cosa nuestros padres; cosa es esa claramente prohibida en el derecho, pues nadie tiene potestad para ordenar e introducir a otro en lugar de uno que aún vive, porque a un sacerdote no puede privarle de su dignidad ninguna perversa ordenación o decreto, ni es Obispo legítimo el que injustamente es entronizado en la silla del verdadero Pastor. Por lo que hace a los cánones, sólo se han de guardar los definidos en Nicea. Únicamente éstos tienen validez y se han de guardar en la Iglesia católica; y si se alegan otros diferentes de éstos y se ve que han sido hechos por herejes, todos los Obispos católicos tienen obligación de rechazarlos, pues es absolutamente ilícito atribuir igual fuerza que a los cánones eclesiásticos a los engendros heréticos, que tienden a anular por disposiciones contrarias lo que ordenaron los Padres Nicenos. Por tanto, no sólo decimos que no se ha de atribuir valor alguno a esos cánones (de un pseudosínodo por los Arrianos en Antioquía en 341 contra San Atanasio), sino que han de ser rechazados y condenados al igual de los dogmas cismáticos y heréticos, como lo hicieron ya nuestros predecesores los Obispos reunidos en el concilio de Sárdica (en 347). Porque peor es, honorables hermanos, atribuir fuerza y valor a lo hecho contra los cánones que condenar los que se han hecho rectamente.

Mas¿qué hemos de hacer al presente contra esto? Preciso es que conozca de esta causa un Concilio, y ya hemos determinado que se celebre pronto, porque sólo él puede apaciguar esta tempestad; para

conseguirlo, conducirá mucho que pongamos toda nuestra confianza en la providencia de Dios y de su Cristo. Porque todas las turbaciones que, para prueba de fieles, ha suscitado el demonio, se apaciguarán, no lo dudéis, si firmes y constantes en la fe, ponemos en el Señor una confianza sin límites. Entre tanto, Nos no cesamos en nuestras deliberaciones acerca del modo de celebrar un Concilio ecuménico para que, Dios mediante, cesen todas esas turbulencias. Aguardemos, pues, un poco, y fortificados con el muro de la paciencia, esperemos verlo todo restablecido con el auxilio divino. Todo lo que nos decís lo habíamos ya sabido preguntando a vuestros coepiscopos Demetrio, Ciriaco, Eulisio y Paladio, que en diversos tiempos habían venido a refugiarse en Roma.

**CARTA DE HONORIO, EMPERADOR DE OCCIDENTE,  
A SU HERMANO ARCADIO, EMPERADOR  
DE ORIENTE**

Aunque sobre la estatua de mujer paseada por las provincias con nuevo ejemplo y sobre la censura de los detractores extendida por todo el mundo os he llamado ya la atención en otras cartas, a fin de que, detestando el hecho y desistiendo de tal designio, vaya desapareciendo el odioso rumor y la pública voz no tenga nada que censurar en vuestra conducta, y aunque sobre la calamidad y asolamiento del Ilírico os di a entender con fraternal afecto cuánto sentíamos que no hayáis querido reconocer esos daños de la república y que hayan llegado a noticia nuestra por otro conducto y no por letras vuestras, sin embargo, tampoco podemos disimular a vuestra majestad serenísima lo que, no sin temor del público detrimento, no ha callado la voladora fama, pregonera siempre de calamidades, acerca de las cosas divinas, y, como lo lleva consigo la humana naturaleza, que siente comezón de criticar y, tomando ocasión de los nuevos sucesos, aguza su mordaz lengua, derramando el veneno de su perversa locuacidad.

Porque se ha dicho no hace mucho que en Constantinopla, en el sacratísimo día de la venerada Pascua, cuando la religión había reunido en un mismo sitio a todos los pueblos de las cercanías para mejor celebrar en presencia de los Príncipes los sagrados misterios, de re-

pende todas las iglesias católicas fueron cerradas y los sacerdotes encarcelados, y precisamente en el tiempo en que con amplísimo perdón suelen abrirse las tristes cárceles a los delincuentes fueron encerrados en lóbregos calabozos los ministros de una ley de gracia, de remisión y de paz: turbados como en el fragor de la guerra los sagrados misterios, asesinados algunos en el lugar santo, acometidos violentamente al pie de los altares, lanzados los venerables Obispos al destierro y manchados con humana sangre los sacramentos divinos (hiriendo y matando durante el bautismo).

Confieso mi turbación al saber de repente estas cosas. Porque ¿quién, al ver tan sangrientos crímenes, no temerá, augustos venerables, la ira del Omnipotente, o cómo podrá creer que semejantes desmanes se han perpetrado sin sumo daño del Imperio romano y de todo el mundo, sobre todo viendo ofendido con tan horrorosos y execrables crímenes al Autor mismo de nuestro Imperio y de la República, que El confió a nuestros ciudadanos, al Soberano Dios y omnipotente Gobernador del mundo? Porque tratándose de una causa de religión entre Obispos, a los Obispos correspondía juzgarla, pues a ellos toca la decisión de las cosas divinas y a nosotros acatar sus fallos con sumiso y religioso obsequio. Mas demos que en esas arcanas y misteriosas cuestiones llegara a proponerse algo la intervención del Príncipe; pero llegar con la impetuosa indignación hasta las heridas y las muertes, de modo que en el lugar de las devotas plegarias, de los sinceros votos y propósitos y de los santos sacrificios allí mismo se echase mano a las espadas, que no deben desenvainarse fácilmente contra los mismos criminales. Los sucesos mismos no están diciendo lo que acerca de esto sintió la Majestad Divina, y ésta ha sido <sup>1</sup> la primera muestra de su ira y reprensión —que ojalá sea también la última—; pero todo hombre consciente de la suma gravedad de los perpetrados crímenes no puede dejar de temer, aun después de tan terrible venganza, castigos muchos mayores, que aparte de nosotros el Dios omnipotente. Oigo que la sacrosanta Iglesia, enriquecida con las dádivas de tantos emperadores, celeberrima por su arrogante construcción, sus estatuas y su culto, adonde tantos augustos Príncipes fueron a doblar sus rodillas suplicantes, ha ardidado, y que ha permitido Dios que el más insigne monumento, la honra y prez de la ciudad de Constantinopla, haya quedado reducido a cenizas y humeantes ruinas, porque parece querer execrar los profanados arcanos y haber apartado

sus ojos de un santuario manchado con sangre humana, para que nadie pueda ya implorar allí la divina clemencia ante aquellos ensangrentados altares. Digo que también otros no menos espléndidos santuarios han sido abrasados, saltando a largas distancias la asoladora llama, y que los públicos monumentos, arcos, torres, palacios, estatuas y demás ornamentos con que nuestros mayores adornaron las calles y plazas han quedado carbonizados y ennegrecidos como si asistiéramos a los funerales del orbe.

Aunque lastimado con frecuentes ofensas y heridas, he venido disimulando y callando por largo tiempo, sin avisar de esto a hermano tan íntimo y copartícipe en el reino; hoy, sin embargo, anteponiendo los lazos de la sangre al oculto aguijón del sordo dolor, te aconsejo y exhorto a corregir, si es posible, estos desafueros con la sucesiva corrección y enmienda de las públicas costumbres, a fin de que así la divina ira, según por los castigos que se ve, muy irritada, se aplaque con el diligente obsequio del propósito de la enmienda futura.

Recibid de mí la insinuación más sencilla e ingenua. La razón de haber hecho esta indicación a vuestra clemencia ha sido para no engendrar en nadie con mi silencio la sospecha de que me congratulaba interiormente y daba mi aprobación a tales excesos, y que, a pesar de haber avisado antes muchas veces para evitar que tuviesen lugar, sin embargo, después de perpetrados, no he mostrado disgusto alguno por ello. Porque ¿quién que de cristiano se precie podrá ver sin dolor tan grande y repentina conmoción, que no puede menos de conmover al cristianismo entero? Había litigio entre obispos y debía fallarse en un Concilio. Al efecto, enviáronse de ambas partes legados a los sacerdotes de la Ciudad Eterna y a otros de Italia, y se estaba esperando el parecer de todos que diese la norma de la disciplina. Todo debía permanecer *in statu quo* y no innovarse nada hasta que, de repente, un extraño fuego de precipitación y apresuramiento inflamó de tal modo los ánimos, que ni se aguardó la contestación de los sacerdotes consultados por mutuo acuerdo de ambas partes, ni se vio ni examinó la causa siguiendo los ordinarios trámites, sino que, de repente, se envió al destierro a los Obispos antes castigados que juzgados y sentenciados. En una palabra, procedióse con tal precipitación y falta de madurez como se vio luego por la posterior sentencia, porque aquellos cuya autoridad se estaba aguardando juzgaron que se había de establecer la mutua concordia, comenzando por establecer al obispo Juan en la

pacífica posesión de su sede y conservarle en comunión con toda la Iglesia, de la cual no era lícito separar a ninguno antes de juzgarlo.

¿Y cuál ha sido el resultado de toda esa precipitación y desafuero sino desgarrar la unidad de la Iglesia, quedando los fieles católicos divididos en mil cismas, y que de tanta variedad de partidos broten multitud de herejías, enemigas siempre de la unidad y comunión eclesiástica, y que no pueda ya culparse al pueblo el que forme diversos partidos, pues la misma pública autoridad ha echado la semilla de la discordia y fomentado la sedición? Para que no se recrudezca, pues, esta llaga, con gran ruina y perdición del género humano, hemos de rogar y hacer a Dios votos para que, llevado en paciencia estos nuestros yerros, se sirva corregirlos y enmendarlos y conceder a nuestra mala gestión y desaciertos un suceso próspero y favorable. Pues lo que es de parte nuestra, buen motivo tenemos para temer por nuestros hechos; mas, si se mira la divina clemencia, siempre puede esperarse el perdón en vez del merecido castigo.

## **CARTA DE SAN JUAN CRISOSTOMO A LOS OBISPOS, PRESBITEROS Y DIACONOS ENCARCELADOS POR SU PIEDAD**

*Al principio de su destierro, año 404.*

Encarcelados estáis, encadenados y reclusos en compañía de hombres escualidos y sucios. Mas ¿qué mayor honra podéis desear? ¿Qué vale una cabeza ceñida de imperial diadema comparada con unas manos encadenadas por Cristo? ¿Qué son los más espléndidos palacios parangonados con una tenebrosa cárcel, llena de horrores y hedor intolerable, sufrida por Dios? Por tanto, alegraos, ceñid coronas a vuestras sienas, saltad de alegría viendo la dicha inmensa que os granjean las molestias sufridas. Semilla son maravillosa anunciadora de riquísima mies; luchas son que os traen triunfos y coronas, navegación que reporta espléndidas ganancias. Alegraos y gozaos considerando estas cosas, reverendísimos y religiosísimos señores míos, y no ceséis en tiempo alguno de alabar a Dios, descargar fieros golpes al diablo y prepararos en el cielo inmenso galardón. *Porque no tienen comparación los trabajos de este siglo con la futura gloria que os espera en el cielo* (Rom., 8, 18).

Escribidnos con la mayor frecuencia posible, pues deseamos en gran manera recibir cartas de los encadenados por Dios en que nos contéis por menudo vuestros trabajos y aficiones. Gran consuelo será éste para Nos en este nuestro desierto.

## CARTA DEL MISMO A LOS MISMOS

(Año 404)

Dichoso vosotros por las cárceles, por los grillos, por las cadenas; dichoso, repito, y mil veces dichosos. Os habéis ganado al mundo entero; aun a los ausentes, a los muy distantes, os los habéis hecho amigos. Por todas las tierras y por los mares todos resuenan cantos de loor a vuestros preclaros hechos, celebrando vuestra fortaleza, vuestra constancia y vuestro ánimo varonil. Nada por grave que parezca os arredró: no al tribunal; no al verdugo; no los mil géneros de tormentos; no las amenazas que os anunciaban mil muertes; no el juez que respiraba fuego; no los adversarios que rechinaban los dientes de furor y os tendían mil lazos y asechanzas; no las enormes calumnias; no las desvergonzadas acusaciones; no las muertes ante vuestros ojos cada día, sino que todas estas cosas más bien os proporcionaban materia de abundantísimos consuelos. Y por eso os coronan y celebran todos, no sólo los amigos, sino aun los mismos enemigos y atormentadores. Pues aunque por fuera no, pero si alguien penetra en sus conciencias verá que están llenos de admiración hacia vosotros. Porque la virtud es tal, que hasta sus impugnadores mismos la admiran, y tal la malicia, que hasta sus mismos autores la maldicen y condenan. Y si tan próspera es vuestra suerte en esta vida, ¿qué será en el cielo? Escritos están vuestros nombres en el libro de la vida; en el número de los mártires sois contados. Esto lo sé yo de cierto, no porque haya penetrado en el cielo, sino por los oráculos divinos. Porque si aquel Juan, el hijo de la estéril, el morador del desierto, al ver la ilícita unión de Herodes, aunque no pudo conseguir la corrección y enmienda del prevaricador, todavía lo reprendió, y habiendo sido por esta causa encarcelado y degollado, fue mártir y el primero de los mártires, vosotros, que habéis tomado a vuestro cargo el patrocinio y defensa de las leyes y constituciones de vuestros padres, que traspasan

algunos, y del sacerdocio, que invaden y contaminan, y padecéis esto no sólo por la verdad, sino también para que cesen las desvergonzadas calumnias, pensad cuán grande galardón recibiréis. *No te es lícito tener la mujer de tu hermano* (Mt., 14, 4) dijo aquel varón fuerte y sublime, y la confesión de esa verdad le bastó para usar de una tan estupenda libertad de reprender. Pues también vosotros habéis dicho: aquí tenéis nuestros cuerpos; pronto estamos a sufrir castigos, suplicios y tormentos; consumidnos, acabadnos con cuantos suplicios queráis; no podréis arrancarnos una calumnia; antes morir mil veces.

Pero no os han degollado. Peores cosas aún y mucho más acerbas habéis sufrido. Porque no es lo mismo perder la cabeza en un momento que luchar tan largo tiempo con los dolores, terrores, amenazas, cárceles, conducciones a los tribunales, manos de esbirros, sayones y verdugos, lenguas de calumniadores descarados, befas, insultos, mofas y escarnios. Porque también es éste un género excelente de lucha, y lo pone San Pablo en el número de los grandes combates. *Recordad*, dice, *los primeros días de vuestra conversión, en que, después de haber sido iluminados, sufristeis con valor admirable un gran combate de persecuciones* (Hebr., 10,32); y luego, describiendo el combate, lo narra diciendo así: *Por un lado, habiendo servido de espectáculo al mundo por las injurias y malos tratamientos que habéis recibido, y por otro, tomando parte en las penas de los que sufrían semejantes injurias* (Ib., V.33). Si , pues, los que comunican con los atormentados luchan, ¿cuánto más los que sufren los tormentos? Porque no habéis sufrido una, ni dos, ni tres muertes, sino muchas más; si no de hecho, de voluntad. *Gozaos, pues, y regocijaos* (Mt., 5, 12). El Señor de los cielos mandó no sólo que no nos aflijamos ni nos desanimemos o desmayemos, sino que nos alegremos y regocijemos cuando abominen de nuestro nombre como maldito (Lc., 6, 22). Pues si ya en las detracciones hemos de alegrarnos, cuando a ellas se juntan las calumnias, azotes, tormentos, agudas espadas, cárceles, cadenas, separaciones, conducciones, catervas de enemigos, figuraos cuál será el premio y cuántas las recompensas y coronas. *Alegraos, pues, y regocijaos*. ¡Animo, valor! Pensad a cuántos armáis con vuestro ejemplo para la pelea, a cuántos vacilantes animáis, cuánto valor infundís no sólo a los presentes, sino aun a los ausentes; no sólo a los que han visto vuestras penas, sino a los que de lejos las han oído, habéis proporcionado un gran provecho. Acordaos siempre de aquel dicho del Apóstol:

*No son comparables los sufrimientos en esta vida con la gloria venida que se ha de manifestar en nosotros (Rom., 8, 18). Aguantad un poco, breve será la prueba, pronto quedaréis completamente libres. Pedid también mucho por Nos. Pues, aunque estamos a muy grande distancia y hace ya mucho tiempo que estamos separados de vosotros, besamos vuestro amado rostro y os recibimos con los brazos abiertos como a vencedores coronados, esperando también nosotros de la mutua caridad que os profesamos grandísima ganancia. Pero si los que os aman tienen esperanzas de grandes recompensas, ¿cuáles serán los premios que a vosotros os aguardan por tan precarias e insignes victorias?*

## CARTAS DE SAN JUAN CRISOSTOMO A SANTA OLIMPIADA

### ADVERTENCIA

Antes de comenzar la traducción de las diecisiete hermosísimas cartas de San Juan Crisóstomo a Santa Olímpíada que, por su estilo y profunda doctrina, merecen mejor el título de tratados que de cartas, nos ha parecido conveniente publicar la vida de esta insigne heroína de la caridad y de la paciencia cristiana.

Santa Olímpíades u Olímpíada, llamada vulgarmente Olimpia, nació en Constantinopla hacia el año 366, época en que el emperador Valente desencadenó sobre las regiones orientales la terrible persecución que llevó al destierro a los más insignes debeladores de la herejía arriana.

Fue hija de Anisio, que desempeñaba en la corte imperial un cargo de importancia, y descendía por línea materna de Arsaico *el Grande*, rey de Armenia; y muy niña aún, fue confiada, por muerte de su madre, a los cuidados de Teodosia, modelo de piedad y hermana de San Anfiloquio, el apóstol de Licaonia, llamado por San Gregorio Nacianceno ángel y héroe de la verdad.

Al lado de Teodosia se formó su corazón en el amor a Jesucristo y en la práctica de todas las virtudes con que más tarde había de edificar la Iglesia de Bizancio y a todo el mundo cristiano. La Iglesia de Bizancio, después de haber sido regida por el patriarca Pablo, desterrado el año 339, cayó en poder de los herejes Eusebio de Nicomedia, Macedonio y Eudoxio, a cuya muerte ocupó la sede, por orden del emperador Valente, Demófilo de Berea, el más cruel fautor de la perfidia arriana, según declaración del concilio de Aquilea.

En esta situación se hallaba aquella Iglesia, cuando los fieles de ella suplicaron a San Gregorio Nacianceno que fuera a consolar aquella grey sin pastor, y los emisarios enviados con este fin le hallaron en Seleucia, adonde se había retirado dos años después de la muerte de su padre; así que la Iglesia de Nazancio se halló provista de pastor.

En un principio rehusó trasladarse a Constantinopla; pero al fin hubo de ceder a los ruegos de su gran amigo San Basilio, próximo a morir, y de otros varones de autoridad que le representaron el bien que podía resultar para la verdadera fe de atender a los ruegos de aquellos fieles. Llegado a dicha ciudad, y no obstante la persecución de que inmediatamente le hicieron objeto los arrianos, se lanzó a combatir la herejía, haciendo de su morada una iglesia y dando en estos términos la razón de aquella transformación. “Del mismo modo, decía, que Jebus mudó su nombre en Jerusalén, y como Silo fue llamada más tarde Belén, así también doy yo a mi morada un nombre nuevo y profético, llamándola *Anastario*; esto es, *Resurrección*, porque en su recinto ha de resucitar la fe católica.

Una de las primera familias que frecuentó el *Anastario* fue la del conde de Anisio, cuyas funciones palatinas y la distinguida posición que ocupaba entre la nobleza bizantina le permitían ayudar eficazmente a la nueva Iglesia naciente, y allí aprendió Olimpia aquel amor a los pobres que había de ser su cualidad dominante en el resto de su existencia.

Muy niña aún, goza en servir por sí misma a los desvalidos que se presentaban en el palacio de su padre, y no había necesitado que, una vez socorrido por aquella angelical criatura, no volviera muchas veces, impulsado no sólo por su miseria, sino por la dicha de que disfrutaban sus corazones, conmovidos dulcemente por las palabras llenas de inefable consuelo que salían de los infantiles labios de nuestra santa.

San Gregorio, según él lo dice en una de sus cartas, se unió pronto con los vínculos de una fraternal amistad con el conde Anisio, y así que comenzó a tratarla, descubrió en Olímpida un entendimiento privilegiado, unido a un corazón abierto a todas las virtudes, y esto le movió a completar por sí mismo su educación religiosa, y pronto se vio que a las lecciones del maestro correspondían los adelantos de la discípula.

La hija de Anisio, discípula fiel del santo Obispo, fue testigo de

todas las persecuciones que contra él promovieron los arrianos. Vióles invadir el *Anastario*, al que acudía todo el pueblo de Constantinopla para escuchar la elocuente palabra de San Gregorio, y oyó cómo le amenazaban de muerte, sin que por ello se turbara el heroico predicador de la verdad. Allí también tuvo ocasión de admirar la valerosa perseverancia del glorioso Prelado, y en aquella escuela aprendió la firmeza con que todo cristiano digno de este nombre debe sufrir las más terribles pruebas.

Presente estuvo también a los hermosos días del triunfo de la fe, cuando el emperador Teodosio *el Grande*, vencedor de los godos, entró el año 380 en Constantinopla arrojó ignominiosamente a Demófilo de Berea de la Sede que había usurpado y llevó a triunfo a San Gregorio a la basílica de los Doce Apóstoles.

Desgraciadamente, esta alegría fue de corta duración, porque un año más tarde, y cuando acababa de brillar por su sabiduría y elocuencia en el Concilio ecuménico de Constantinopla, vióse San Gregorio objeto de violentas acusaciones lanzadas contra él por algunos envidiosos, que le reconvenían por haber dejado la Sede de Sásima por la de Constantinopla. La acusación carecía de valor, porque San Gregorio no había tomado posesión de Sásima; pero, por el bien de la paz, se creyó obligado, no obstante las súplicas de una parte del Concilio y el voto unánime del pueblo, a renunciar a la Sede de Bizancio y a salir de la ciudad.

Dieciocho años de edad contaba Olimpia cuando fue dada en matrimonio a Nebridio, prefecto de Constantinopla e intendente de los dominios del emperador Teodosio; y el conde Anisio, fiel a la amistad que profesaba a San Gregorio, le envió un mensajero para invitarle a las bodas de su hija; pero el venerable desterrado contestó al conde en una carta que comenzaba así:

*A Anisio en buena salud, Gregorio enfermo.*

Excusábase de asistir al matrimonio de Olimpia, diciendo que no era fácil ni decente a un hombre afligido por la gota sentarse a una mesa de bodas, y al mismo tiempo enviaba a la desposada un epitafio, en el que brilla juntamente el amor de padre y la inspiración de poeta.

“Hija mía, decía, he aquí mi regalo de boda, regalo útil porque los consejos de un padre son siempre excelentes. No son los colores brillantes, ni las pedrerías engarzadas en oro, ni las telas de púrpura

las que dan hermosura a una matrona. Deja a otras esos adornos, y sean la modestia, la gravedad y la inocencia los únicos ornamentos que realcen tu belleza. ¿Qué flores más embalsamadas podrás encontrar? “Sea para Dios tu primer amor, y el segundo para tu reposo, y sean comunes vuestras alegrías y comunes vuestros dolores.

“Deja a tu marido el cuidado de los asuntos de fuera, y maneja tú la rueca cargada de lana, y ocúpate en la meditación de los divinos oráculos. No pierdas de vista que los placeres del mundo acaban siempre por corromper el corazón más puro, del mismo modo que los rayos del sol consiguen poco a poco derretir la más blanca cera.

“Quiero añadir un último voto a mi presente. Sé en la casa de tu marido como una niña fecunda, y quiera el cielo que puedas ver a los hijos de tus hijos nacer y crecer alabando al Señor.”

Ambos esposos eran dignos uno del otro, y según Paladio, resolvieron, por mutuo acuerdo, guardar continencia perfecta. Veinte meses duró su unión, y al cabo de este tiempo, el alma de Nebridio voló al cielo, dejando a Olimpia en triste viudez a la edad de veinte años.

De rara belleza y dueña de una cuantiosa fortuna, vióse pronto asediada por una multitud de pretendientes a su mano, siendo uno de ellos un pariente de Teodosio, llamado Elpidio, a quien apoyaba el emperador en sus pretensiones, y fueron tantas las importunidades que Olimpia sufrió por esta causa, que para ponerles término escribió a Teodosio lo siguiente: “Si Dios me hubiera destinado a vivir en matrimonio, no me habría arrebatado a mi primer esposo. el hecho que ha roto este vínculo me muestra el camino que la providencia me ha trazado, que no es otro que el de la viudez cristiana.”

De aquel tiempo datan los sufrimientos y las persecuciones con que el Señor puso a prueba la virtud de su sierva; y fueron de tal naturaleza, que San Juan Crisóstomo, en una de las cartas que más tarde le escribió comparándola a Job, decía: “Pero vos sabéis cuáles son los méritos y las ventajas de los sufrimientos. Habéis tenido, pues, ocasión de regocijaros de haber vivido desde vuestra juventud en las aflicciones y de haber caminado por un sendero de laureles y coronas.”<sup>2</sup>.

A Teodosio no le movieron las razones de la santa viudedad, porque tal vez creería que se trataba de un dolor juvenil, más exaltado que duradero, y para ponerla a prueba, ordenó que, buscando algún color legal, le secuestrasen sus bienes hasta que cumpliera treinta años y

fuesen administrados por el intendente del dominio imperial. Esto era un acto de tiranía, ejecutado con un rigor que aumentaba su dureza, pues el encargado de administrar su patrimonio se arrogó una autoridad tan despótica sobre la persona misma de Olímpíada, que llegó al extremo de privarla de la libertad de ir a la Iglesia y de comunicarse con su Obispo Nectario.

A todas estas vejaciones se sometió la santa; mas, conservando una actitud impasible ante aquel carcelero subalterno, juzgó que debía emplear directamente con el emperador un lenguaje digno de su rango.

“Os doy gracias, señor, le escribió, por haberos dignado tomar a vuestro cargo la administración de mi fortuna, librándome de tan pesada carga. Coronad ahora vuestra obra haciendo distribuir mis bienes a los pobres y a las Iglesias, como hubiera hecho yo misma. De esta modo me evitaréis las tentaciones de vanagloria que esa clase de distribuciones traen consigo”.

Leyó esta carta Teodosio, y como no era de esos príncipes que se avergüenzan de confesar una mala acción, reconoció el abuso de poder que había cometido y lo reparó inmediatamente, devolviendo a Olimpia su fortuna y su libertad.

Desde la muerte de su marido había adoptado Olímpíada un género de vida austerísimo. Sus ayunos fueron continuos y rigurosos, comprometiéndose a no tomar carne ni pescado de ninguna clase, contentándose con un poco de pan y algunas legumbres. Se privó asimismo del baño, de uso diario y casi indispensable en climas como el de Constantinopla y, no queriendo tener esclavos —pues consideraba a todos los hombres como sus hermanos en Jesucristo—, dio libertad a cuantos poseía, aunque ninguno quiso dejar de servirla.

Al recobrar la administración de su fortuna, consideró a ésta como un depósito que Dios le había confiado para que repartiase su renta entre los pobres, y no hubo ciudad ni pueblo, por apartado que estuviera, que no gozase los frutos de su inagotable caridad, lo cual dio ocasión a que San Juan Crisóstomo dijera que las limosnas de nuestra santa eran semejantes a un río que corre hasta las extremidades de la tierra y cuya abundancia enriquece al mismo océano<sup>3</sup>.

El obispo Nectario, sucesor de San Gregorio Nacianceno, premió las virtudes y el celo por la gloria de Dios que inflamaba el corazón de la bienaventurada Olimpia haciéndola diaconisa de su Iglesia, in-